

---

# LA SEGURIDAD MILITAR EN EUROPA

Angel Viñas

---



# 3

---

**La crisis de la distensión, uno de los más importantes legados de los años setenta, ha puesto de nuevo sobre el tapete los parámetros que configuran la problemática de la seguridad europea en el contexto del conflicto Este-Oeste. ¿Se han producido cambios en los mismos? ¿Determinan tales modificaciones, si es que han existido, una situación cualitativamente diferente? ¿Cuáles son los retos con los que cabe contar racionalmente en el futuro previsible?**

Estas, y otras cuestiones con ellas relacionadas, inciden directamente sobre el debate político e ideológico en Europa, condicionan acciones muy diversas y arrastran consigo importantes repercusiones organizativas, económicas y sociales. A su profundo efecto no se sustrae la opi-

nión pública de casi ningún país europeo y a él no es insensible tampoco la española, aunque quizá no sea exagerado afirmar que el nivel de concienciación en nuestro país por tales temas es sensiblemente inferior al que existe en otros de nuestro entorno.



El presente trabajo trata de dar una respuesta muy tentativa a tales interrogantes e informar al lector sobre ciertas publicaciones de *status* académico irre-

prochable y/o de conocimiento que me parece inexcusable. Ninguna ha aparecido, que yo sepa, en España (con la excepción, por supuesto, del *Military Balance*).

### *El trasfondo*

Los orígenes del problema de la seguridad militar europea son suficientemente conocidos. Tras la Segunda Guerra Mundial las potencias democráticas desmovilizaron —de manera rápida y, en particular, los Estados Unidos— en tanto que la Unión Soviética no siguió el mismo ritmo. La toma de control por partidos comunistas en diversos países de Europa Occidental y, sobre todo, en Checoslovaquia excitó los temores de los europeos occidentales.

El Plan Marshall fue, ante todo, un intento de hacer ver a los soviéticos que habían agotado sus posibilidades de penetración hacia el Oeste, en la medida en que robustecería las economías y sociedades de los beneficiarios. A la vez, los norteamericanos estimularon una restauración conservadora en ciertos países críticos (Alemania Occidental, Italia) y se dejaron convencer para establecer un marco común de defensa centrado, desde abril de 1949, en torno a la Alianza Atlántica. Es posible, como ha señalado recientemente uno de los primeros formuladores de aquella estrategia, George F. Kennan, que los resultados hipertrofiaran la dimensión militar, en detrimento de otras más complejas que abarcaba igualmente su inicial conceptualización de la «contención» (reducción de la capacidad soviética de proyectar influencia fuera de sus fronteras, intensificación de las tensiones dentro del movimiento comunista internacional). También está abierto a debate si Stalin perseguía, con un país agotado por el

## **El Plan Marshall fue un intento de hacer ver a los soviéticos que habían agotado sus posibilidades de penetración hacia el Oeste.**

esfuerzo bélico precedente, propósitos imperialistas o el establecimiento de una zona de seguridad lo más amplia posible (el famoso *glacis* soviético). En evitación

del peor caso de entre los posibles, la defensa común quedó institucionalizada con los siguientes rasgos:

— Desequilibrio en el balance de fuerzas convencionales en el teatro europeo, en favor de la Unión Soviética, e incapacidad de la Alianza por contrarrestarlo.

— Nuclearización de las fuerzas norteamericanas (ya a finales de los años cuarenta los Estados Unidos desplegaron en la Gran Bretaña bombarderos que podían transportar bombas atómicas).

— Creación de un sistema de defensa avanzada (pactos bilaterales, bases, mecanismos del SAC), que cercara lo más completamente posible a la URSS.

— Adopción de una estrategia de «represalias masivas» que preveía la utilización de armas nucleares tácticas y estratégicas contra ataques convencionales, cuando ello fuera ventajoso militarmente.

Fue una época feliz: los Estados Unidos pensaban poder asestar golpes demolidores nucleares a la Unión Soviética en el caso de que ésta invadiera Europa Occidental, sin correr por ello peligro de exponerse a ataques equivalentes. Los europeos descansaban en la «garantía nuclear» norteamericana y, sin incidir en gastos de defensa demasiado elevados, se dedicaron a fortalecer sus economías y a elevar su nivel de vida. Ello robusteció la estrategia política de la restauración conservadora.

La felicidad fue corta: a la superioridad convencional soviética no tardó en añadirse una capacidad nuclear. En 1949 los rusos probaron su primera bomba atómica. En 1953 explotaron su primer ingenio termonuclear y dos años más tarde lo hicieron operativo. En consecuencia, a medida que se divisaba la posibilidad de que el territorio estadounidense dejara de



ser invulnerable a eventuales acciones nucleares soviéticas —y tal posibilidad aumentó en los años siguientes— la amenaza de las represalias masivas perdió, aunque lentamente, su inicial credibilidad.

Como ha señalado el congresista norteamericano Aspin, los Estados Unidos se equivocaron al interpretar las prioridades soviéticas: éstas continuaron siendo de índole regional y entre 1958 y 1965 el Kremlin desplegó en torno a los 700 misiles de alcance medio e intermedio dirigidos contra blancos de Europa Occidental. En Washington hizo furor, por el contrario, la creencia en la existencia del *missile gap* que jugó un cierto papel en la victoria electoral de Kennedy. La nueva Administración no tardó en impulsar aceleradamente los misiles intercontinentales, cristalizando así la famosa triada estratégica con los bombarderos de largo alcance del SAC, y los submarinos provistos de cabezas nucleares.

En tal situación surgieron las primeras fisuras entre europeos y norteamericanos.

Los primeros favorecían una escalada rápida hacia un conflicto intercontinental, para evitar que eventuales hostilidades se dirimieran en Europa con armas nucleares tácticas o con elementos masivos de índole convencional pero, en cualquier caso, de elevada capacidad destructora. Los segundos retrocedían ante la posibilidad de tener que dar una respuesta basada en la utilización de los terribles misiles intercontinentales. También se destacó que si los europeos mostraban tanto interés por la garantía nuclear norteamericana es porque no deseaban asumir los costos económicos que suponía reducir la dependencia de la OTAN con respecto al paraguas nuclear estadounidense, en favor de una estrategia que diera más peso a las fuerzas convencionales. Francia, siguiendo el ejemplo británico, no tardó en desarrollar una capacidad nuclear propia.

La decisión fue adoptada en los tiempos

de la denostada Cuarta República, pero De Gaulle autonomizó tal capacidad y terminó abandonando la organización militar de la Alianza.

La nueva definición situacional en el conflicto Este-Oeste llevó en 1967 a la estrategia de la «respuesta flexible» como base de la defensa común. Esta orientación representaba un compromiso entre los europeos y los norteamericanos: los primeros contemplaban la posibilidad de escalada nuclear como elemento esencial de la disuasión, los segundos subrayaban que una capacidad de defensa convencional mejorada y ampliada resultaba esencial para hacer creíble la política disuasoria.

En sus líneas esenciales la «respuesta flexible» preconiza que una eventual agresión soviética contra Europa Occidental o los Estados Unidos se contrarreste, no

---

**La nueva definición situacional en el conflicto Este-Oeste llevó en 1967 a la estrategia de la «respuesta flexible» como base de la defensa común.**

---

con la utilización masiva de armas nucleares, sino con la graduación en el empleo de los distintos niveles del abanico de armas y fuerzas a disposición de la OTAN,

controlando en la medida de lo posible la escalada de unos a otros.

Así, una agresión con efectivos convencionales habría de ser rechazada con medios de este carácter, evitando el automatismo de la respuesta nuclear. Sólo en el caso de que la defensa por medios convencionales resulte insuficiente, la nueva estrategia recomendó hacer un uso limitado y selectivo de las armas nucleares. Dicha utilización podría dirigirse en un primer momento contra objetivos tácticos, que demostraran al agresor el riesgo a que se exponía caso de persistir en la agresión. Ello serviría, también, para ilustrar convincentemente la voluntad de la Alianza de no retroceder ante la escalada. Esta, en consecuencia, podría iniciarse con el lanzamiento de un mero artefacto nuclear y continuar con el empleo de un abanico de armas nucleares tácticas o de carácter intermedio, apuntadas contra los satélites



de la Unión Soviética (por ejemplo, para destruir las líneas de refuerzo de los agresores). Pero, en último término, llevaría a la posible utilización del arsenal Occidental (básicamente norteamericano) contra objetivos seleccionados en la propia URSS de una lista en la que, en principio, no se comprendieran blancos propios de una guerra nuclear en gran escala.

Al final, si la respuesta en todos los escalones previos no paraba las hostilidades, la marcha hacia el holocausto se haría inevitable. La paz se compra, en definitiva, con la voluntad de llegar al exterminio mutuo.

La idea esencial de la «respuesta flexible», tan brevemente esquematizada, estriba en hacer ver al adversario que el riesgo a que se expone resulta incalculable. Los éxitos que él prevea no deben estar en una relación razonablemente aceptable con las pérdidas y daños que de ellos se le deriven. El riesgo, en definitiva, debe elevarse tanto que una agresión no resulte rentable.

La respuesta flexible descansa en, al menos, tres supuestos:

1.º Interacción estrecha entre los distintos medios disuasorios, es decir, entre los efectivos convencionales, armas nucleares tácticas y armas nucleares estratégicas.

2.º Verosimilitud de respuesta a los tres niveles, ya que sólo disuade la existencia de armas utilizables y no neutralizables.

3.º Primer empleo de armas nucleares, aún en el caso de una agresión efectuada con medios convencionales, si los de este carácter se revelan impotentes para detener el ataque.

Las reacciones previstas dentro de dicha estrategia son también tres:

a) Defensa directa al nivel elegido por el agresor.

b) Escalada, que se pretende controlada.

c) Reacción general contra el potencial estratégico del adversario, es decir, catástrofe nuclear total.

Desde sus comienzos la «respuesta flexible» constituyó no tanto un plan militar coherente como un compromiso político.

Los europeos aceptaban la necesidad de mantener un nivel inicial razonablemente elevado de defensa convencional. Los norteamericanos afirmaron su voluntad de escalar eventuales hostilidades hasta el nivel más elevado, si ello fuera necesario. Lo primero convenía a los intereses de los Estados Unidos, lo segundo reflejaba los temores europeos.

Un oficial soviético huido a Occidente, y que escribe con el apellido del gran general ruso Suvorov (1729-1800), ha comparado la estrategia de la «respuesta flexible» a la escalada que precede al duelo de pistola en las películas del Oeste. El aumento de tensión entre quienes luchan y se excitan mutuamente antecede siempre en él al espasmo mortal final. «Suvorov» plantea la cuestión de si la doctrina militar soviética se adapta o no a la lógica de los escenarios previstos por la OTAN. Su contestación es negativa. Un experto de primera línea, Ericson, en un análisis cuidadoso de la literatura profesional soviética, encuentra que ésta reconoce implícitamente que una escalada rápida y total es la contingencia más probable y que no tardaría en implicar toda la capacidad estratégica soviética y norteamericana. En definitiva, cabe establecer la hipótesis de que los rusos no piensan ni tienen por qué pensar como los norteamericanos o como los europeos occidentales. Esto es

importante de cara a conceptualizar la política de disuasión, tema que no abordamos en este trabajo.

La doctrina militar soviética, tal y como

**La idea de la «respuesta flexible»  
estriba en hacer ver  
al adversario que el riesgo  
a que se expone resulta  
incalculable.**



ha sido analizada en Occidente en los últimos años por muchos distinguidos especialistas, trata de asegurar, gracias a la acumulación de medios convencionales y

**Desde sus comienzos, la «respuesta flexible» constituyó no tanto un plan militar coherente como un compromiso político.**

nucleares muy superiores, que un eventual conflicto se dirima en territorio adversario, hacia el cual los Ejércitos del Kremlin avanzarían con la máxima rapidez. La ofensiva constituye, en efecto, la base de la estrategia soviética que aspira a garantizar la posibilidad de mantener a todo trance la iniciativa en la acción. De ahí que el grueso de las fuerzas goce de un grado de preparación y que su organización y equipamiento estén orientados por las necesidades del ataque. Esto explica que su estructura, dotación de medios y niveles de efectivos tengan una disposición completamente diferente a lo que ocurre en el caso de la OTAN.

En la literatura se manejan, cuando menos, tres razones para explicar la orientación del Kremlin: experiencia histórica tras las sucesivas invasiones de que ha sido objeto la URSS (en particular la de la Segunda Guerra Mundial parece determinante); situación geoestratégica, rodeada de adversarios potenciales (incluida China) que podrían concentrar desde fuera sus fuerzas contra ella; necesidad de plantear un posible conflicto en escenarios fuera de los territorios de sus aliados —o satélites— por motivos políticos y psicológicos obvios. A estas razones cabría añadir otras interpretaciones más teñidas por predilecciones ideológicas en las que no abundaremos.

De seguir el análisis de Ericson sobre declaraciones y literatura soviética de carácter militar y estratégico, parece que en ellas ha predominado, hasta ahora, la noción de que la guerra nuclear no es un instrumento racional de la política, porque la relación entre fines y medios pierde toda posible significación cuando el costo de destruir al enemigo equivale a la propia autoinmolación. La potencia militar, des-

de luego, cumple fines perfectamente racionales, en una perspectiva de mantenimiento de un nivel razonable de seguridad: a) puede, por ejemplo, servir para

hacer ver al campo «imperialista» que los medios de tal índole no resuelven la pugna entre los dos sistemas sociales y políticos, y b) tiende a reducir la posibilidad de que los occidentales puedan realizar ganancias de tal tipo a expensas de la Unión Soviética. Pero, ¿son éstos los únicos fines?

Quienes enfatizan la racionalidad de la doctrina militar soviética —los despliegues reales pueden, sin embargo, no siempre atenerse a las declaraciones públicas— subrayan el deseo del Kremlin de minimizar los incentivos a pensar que un ataque contra la URSS pudiera tener éxito. A la vez, ésta ha hecho hincapié en la obvia necesidad de evitar todo estallido de hostilidades. Con todo, la proyección de influencia, la aplicación de la lógica anticipatoria del peor caso de entre los posibles y diversas orientaciones políticas han llevado a los soviéticos a desarrollar una capacidad de combate real que los occidentales afirman es exagerada, incluso en condiciones de conflicto nuclear, garantizándose en todo caso el Kremlin la posibilidad de poder asestar un segundo golpe.

Para numerosos comentaristas, las conceptualizaciones norteamericanas desarrolladas en los últimos años acerca de una posible guerra nuclear limitada carecen, sin embargo, de toda base real y se establecen sobre una valoración incorrecta de la política y de las intenciones soviéticas. Cox, por ejemplo, ha acumulado una amplia serie de testimonios de esta última procedencia en contra de la racionalidad de una guerra nuclear y en los que, a mayor abundamiento, se expresa con toda claridad que, en el caso de que la URSS fuera atacada con armas nucleares, la reacción abarcaría todo el potencial disponible.



Hay autoridades por encima de toda sospecha, como Garthoff, según las cuales el Kremlin acepta el equilibrio nuclear estratégico como un dato y que entiende que, en gran medida, los programas soviéticos tienden a no quedarse atrás. Otros analistas les atribuyen más siniestras intenciones. La división entre «halcones» y «palomas» es básica y determina posturas, líneas de acción y políticas de fuerza. Sea ello como quiera, *parece ser que lo central en el pensamiento soviético es la noción de no hacer depender, en ningún momento, de un adversario potencial la seguridad de la nación.* A mitad de los años sesenta, mientras los Estados Unidos se zambullían en Vietnam, los rusos empezaron a asignar un volumen creciente de recursos a la creación de una potente panoplia de misiles intercontinentales, aunque ello no implicase una disminución de la importancia que concedían al dispositivo

regional contra Europa Occidental. Tal evolución ha cambiado drásticamente el haz de influencias que influyen sobre la seguridad militar del continente.

En consecuencia, los parámetros más importantes que configuran la actual situación parecen ser los siguientes:

- 1.º Sentido de la política soviética hacia Europa.
- 2.º Volumen de fuerzas que ampara dicha política.
- 3.º Validez de la estrategia de la «respuesta flexible».
- 4.º Adecuación del dispositivo militar Occidental.

En todos ellos el nivel de fricción entre los intereses europeos y norteamericanos juega un papel que oscila entre importante y determinante. En su conjunto han dado origen a una situación cualitativamente distinta a la de los años sesenta y setenta.

## La amenaza soviética

El planificador militar suele equiparar capacidad e intenciones y establecer dicha comparación en el límite, es decir, en la situación teórica peor posible. *Lo que es novedoso en la evolución de los últimos años, tanto en Oriente como en Occidente, es que la valoración militar ha pasado a determinar e incluso a sustituir en ocasiones la valoración política.*

Los dos extremos entre los que se sitúa el debate respecto al primer parámetro son los siguientes:

a) La URSS puede verse tentada a realizar ciertos experimentos que desemboken en una apertura de hostilidades. Dichos experimentos pueden realizarse fuera del área geográfica de la OTAN o, más improbablemente, en Europa. La etiología

**En los últimos años la valoración militar ha pasado a determinar e incluso sustituir, en ocasiones, la valoración política.**

de dicha motivación es varia: equívocos sobre la presumible reacción Occidental, deslizamiento desde una situación de crisis aguda, presión de fuerzas internas al

Estado soviético. Gran parte de la literatura más reciente sobre los problemas de la seguridad militar europea analiza las diversas posibilidades y factores que dotan o no de verosimilitud a tales supuestos.

b) La URSS sólo persigue objetivos políticos en Europa y, por consiguiente, hay que descontar en la era nuclear una estrategia consciente de confrontación militar. Tales objetivos serían, esencialmente, la problematización de la «respuesta flexible» de la Alianza, el debilitamiento de la conexión euro-norteamericana y, en último término, la intimidación de la Europa Occidental, a la vez que se desalienta así todo intento de desacato o emancipación en la Oriental.

En una posición intermedia se sitúan quienes, como los autores del estudio sobre la seguridad europea, diagnostican que una acción soviética contra la Alianza sólo es verosímil cuando el Kremlin considera



que las hostilidades son inevitables o cuando interprete alguna maniobra Occidental como dirigida contra los intereses vitales soviéticos. En la opinión de dichos analistas éstos son, básicamente, tres: 1) la seguridad del territorio de la Unión Soviética; 2) la posición soviética en la Europa Oriental, y 3) el acceso a zonas o áreas que constituyen una preocupación para la dirección soviética.

En un brillante —y controvertido— análisis, Luttwak ha llamado la atención sobre la coincidencia de dos fenómenos particularmente importantes y premonitores de dificultades: el estancamiento ideológico y económico soviético (que podría inducir un cierto pesimismo con respecto al futuro) y la creciente confianza de los dirigentes del Kremlin en la capacidad de su dispositivo militar (el Ejército Rojo está más alejado hoy del de la Segunda Guerra Mundial que éste último del de los zares). En tal conciencia un eventual recurso a la fuerza por parte de la URSS puede obedecer a tres motivaciones esenciales: 1) expansión para acrecentar la seguridad política; 2) expansión por motivos de seguridad estratégica, y 3) expansión por razones de seguridad regional.

En la primera categoría se encuentran todas aquellas conceptualizaciones que entienden que la mera existencia de una Europa Occidental orgullosa de su progreso y libertades constituye una incitación permanente al resquebrajamiento interno del *glacis* imperial soviético. Ante la dificultad de neutralizar a los Estados Unidos, garantes últimos de la seguridad del Occidente europeo, la política soviética se dirige esencialmente a romper por todos los medios posibles el nexo euro-norteamericano.

Una agresión limitada y localizada contra una parte del territorio de la OTAN que no genere una reacción nuclear o un conflicto más amplio podría servir

**La política soviética se dirige esencialmente a romper por todos los medios posibles el nexo euro-norteamericano.**

para socavar dicho nexo. Numerosos analistas han puesto de relieve que para que tuviera éxito tal operación debería ser rápida, desembocar en una modificación territorial y dar paso a negociaciones que explotar políticamente. En la ausencia de minorías (étnicas o no) reprimidas que solicitaran la intervención soviética (aunque cabe pensar en algunos escenarios que contemplen tal posibilidad), la modificación territorial podría apuntar hacia ciertas zonas de importancia estratégica: el Norte de Noruega, la Turquía del Noreste, los estrechos del Bósforo y Dardanelos, Yugoslavia y el Báltico parecen ser los supuestos de trabajo más habituales, según ha indicado Millar. El caso turco ofrece, sin duda, grandes incentivos. Pero el propio Luttwak ha subrayado que ninguna de éstas u otras posibilidades —hay todo un inventario que se actualiza periódicamente en sus diversas ramificaciones— carecen de riesgo. La respuesta podría ser insuficiente, dar paso a un pequeño desastre y ésto originar una reacción de la OTAN de un carácter que la URSS está vitalmente interesada en evitar.

En la segunda categoría figuran los escenarios que postulan como orientación estratégica del Kremlin la reducción de la eventual amenaza china: no son tan numerosos los especialistas que consideran verosímil que la estrategia soviética tienda hacia la eliminación de los Estados Unidos como adversario. Sobre la confrontación directa gravita, en efecto, pesadamente la disuasión estratégica mutua. Ello no obstante hay un peligro, y éste parece radicar más bien en las consecuencias de la «sovietización» del pensamiento de ciertos teorizantes nucleares norteamericanos, tal y como ha ido configurándose de la mano de algunos especialistas en temas soviéticos (Richard Pipes) o estratégicos (Colin Gray),

entre muchos otros. Cuando dichas transformaciones conceptuales pasan a orientar la actuación práctica, es inevitable que se eleve el nivel de preocupación general (no



en último término en Europa). Y, sin embargo, resulta difícil no dar la razón a Robert S. MacNamara, ciertamente no sospechoso de proclividades prosoviéticas,

cuando no hace mucho (*New York Times*, 2 de febrero de 1983) afirmaba que «las armas nucleares no tienen en la actualidad ningún propósito militar. Carecen totalmente de utilidad, salvo para disuadir a un adversario que las emplee». (Las cursivas son mías).

Quizá en los próximos años las preocupantes orientaciones de una parte de los teorizantes norteamericanos se vean retocadas. Hoy continúan siendo numerosos los tratadistas que ponen en primera línea el peso de los arsenales estratégicos —con los que hay que vivir, por muy desagradable que ello resulte— para reducir la verosimilitud de lo que, pudorosamente, se denomina «intercambio nuclear generalizado», consecuente a una eventual y escasamente verosímil agresión directa soviética contra los Estados Unidos.

La tercera categoría agrupa los escenarios en que, tras Afganistán, se considera como no descartable una ampliación por parte soviética del cinturón de Estados satélites. Si ello sirviera, además, para debilitar a Occidente los resultados serían óptimos para el Kremlin: los supuestos más en boga suelen apuntar hacia un Irán fragmentado en el que los soviéticos pudieran realizar avances territoriales. Otros analistas no eliminan intentos de penetración hacia el Golfo, aunque es presumible que dicha acción —*out of area* en la terminología de la OTAN— fuese resistida por Occidente en tanto que afecta a intereses vitales del mismo.

### *El reforzamiento militar soviético*

Sobre intenciones cabe, por supuesto, especular interminablemente. Se presta menos a la especulación, sin embargo, el

## **Desde los años 60 el Kremlin parece llevar a cabo una política de fortalecimiento militar destinada a abrir nuevas oportunidades.**

formidable esfuerzo militar realizado por la Unión Soviética desde el comienzo de los años sesenta y que se ha desarrollado con un ritmo sostenido y no siempre en

respuesta a los norteamericanos, más entrecortados, y a los europeos occidentales, mucho menos intensos y de alcance; en cualquier caso, muy inferior.

Son numerosos los analistas que entreven en dicha política soviética de reforzamiento de la capacidad militar un cambio cualitativo de estrategia: si hasta los primeros años de la década de los sesenta el Kremlin parecía reaccionar a los peligros que sus dirigentes percibían en un entorno inseguro, desde tal fecha parecen llevar a cabo una política de fortalecimiento militar destinada a abrir y aprovechar *nuevas* oportunidades. Estas no son ya sólo de carácter regional (limitadas a garantizar la seguridad y defensa de la propia Unión Soviética y de los países del Pacto de Varsovia), sino que tienden a «proteger» a aliados y clientes esparcidos por todo el globo, de Cuba a Angola, de Yemen del Sur a Vietnam. Es fácil, por supuesto, exagerar lo que ello representa (una abundante producción literaria de los anticomunistas profesionales así lo demuestra), pero es evidente que durante los últimos veinte años la URSS se ha dotado de la capacidad de proyectar influencia militar en regiones en las que hasta entonces su influjo era meramente ideológico o político.

Tal cambio cualitativo plantea dificultades de diagnóstico. En él figura, en efecto, la necesidad de interpretar intensas transformaciones en el nivel de fuerzas soviéticas ligadas:

a) Superioridad mantenida y modernizada en el dispositivo convencional sobre el teatro europeo.

b) Paridad en el terreno de los sistemas estratégicos nucleares.

c) Expansión de las fuerzas nucleares de alcance intermedio, unidas hoy a la consecución de una superioridad considerable en sistemas de diseño avanzado.



Si los soviéticos no consideran racional la guerra nuclear, ¿cómo se explica el acrecentamiento que ha experimentado el volumen de fuerza que ampara la política del Kremlin hacia Europa?

Para muchos tratadistas tal explicación radica en el propósito soviético de debilitar la estrategia de la «respuesta flexible» demostrando ante la dirección política y la opinión pública europeas que puede cortarse *la vinculación entre la guerra convencional y la guerra nuclear y entre la guerra en Europa y la guerra general*. La idea estribaría en modificar de manera radical el haz de influencias que gravitan sobre las percepciones europeas occidentales y, por ende, crear la *impresión de que como el Occidente de Europa no podrá ser defendido, llegado el caso no se le defenderá*.

En tal contexto se afirma, en particular, que la superioridad soviética en armas nucleares de teatro e intermedias amenaza a Europa Occidental con la intimidación política ya que dicho reforzamiento desincentiva a los Estados Unidos para acudir en ayuda de ésta.

En el caso de una confrontación entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, la URSS puede asestar a los países europeos occidentales un golpe nuclear para el cual no hay respuesta posible de naturaleza y nivel similares: de aquí que la Alianza siga dependiendo de la capacidad nuclear estadounidense. Y no faltan quienes hipotetizan que en tal supuesto Washington habría de escoger entre la inhibición o recurrir al arsenal estratégico nuclear. Ya Kissinger implicó en 1979, en una sonada conferencia previa a la doble decisión de la OTAN, que, en último término, la seguridad de Europa estaba basada en la disposición norteamericana por afrontar la posibilidad de suicidio.

La estrategia militar soviética es *war-winning*, está orientada por la necesidad

de conseguir una victoria rápida en Europa. Para muchos analistas ello implica, en la síntesis de Christopher N. Donnelly, asesor del grupo de estudios sobre la seguridad europea y profesor de Sandhurst, que el Estado Mayor soviético preconizará una línea de acción que tiende a: 1) coger de sorpresa a la OTAN; 2) provocar el más intenso *shock* posible a ésta en las primeras horas de las hostilidades; 3) paralizar los sistemas de mando y control aliados colapsando la capacidad de reacción; 4) generar una penetración rápida en territorio occidental a lo largo de ciertos ejes de avance seleccionados que destruyan la estructura defensiva, y 5) *reducir el peligro que plantean los sistemas nucleares tácticos de la OTAN* en la medida en que se elimine la mayor parte de ellos durante los primeros momentos del ataque, se dificulte la utilización de los res-

tantes y, si se produce ésta, se neutralice la capacidad nuclear en Europa Occidental en base a un ataque masivo contra los puntos en que esté ubicada.

La doctrina operativa soviética parece estar sufriendo transformaciones importantes y ha conseguido una sofisticación impensable tan sólo hace unos años, centrándose en torno al novedoso concepto de «grupos operativos de maniobra». Estos son vínculos entre la conceptualización estratégica y la elaboración táctica y cuya misión sería la de situar a lo largo de los diversos ejes de avance una división reforzada tras la línea principal de defensa de la Alianza en el primero o segundo día de unas hostilidades que, obviamente, no se declararían. Todo hace pensar que la reestructuración del dispositivo y volumen de fuerzas —duras, bien entrenadas, equipadas para la ofensiva y con medios abundantes y eficientes— ha ido orientándose hacia la posibilidad de alcanzar tales objetivos.



*La validez de la  
«respuesta flexible»*

El tercer parámetro que configura la problemática de la seguridad militar en Europa hace referencia a la validez de la estrategia de la «respuesta flexible», reafirmada por la OTAN tras la decisión de 1979 relativa al despliegue de misiles de alcance intermedio (Pershing II y de crucero), que tantas polémicas ha generado desde su adopción.

Según ha señalado Howard, dicho despliegue está destinado a reducir los temores de aquellos europeos occidentales de que los norteamericanos pudieran sentirse tentados a no intervenir en un conflicto que no afectara directamente a su país. En realidad éste es, para muchos autores, el argumento central en favor de los nuevos sistemas: contrarrestar las eventuales tendencias a un posible «desenganche» (*decoupling*) por parte de los Estados Unidos. Con ello se subrayan la homogeneidad estratégica y la unidad de destino entre todos o, como dice Burt, los principios de riesgo, refuerzo y seguridad compartidos. Otros argumentos en favor del despliegue son, o menos esenciales, o simplemente controvertibles.

Los rusos son, por supuesto, parte en el debate y divisan en el previsto despliegue un intento norteamericano por recuperar la superioridad militar en Europa. La URSS se vería amenazada no sólo por la panoplia de misiles intercontinentales en silos fijos y a bordo de submarinos y por los aviones del SAC, ya menos fundamentales, sino también por los nuevos sistemas capaces de alcanzar territorio soviético.

Es más, el Pershing II, en particular, que tiene la posibilidad de dar en el blanco en un lapso de tiempo tan corto como son unos diez minutos (frente a la media hora que tarda un misil intercontinental),

**En la seguridad militar de Europa no gravita una confrontación entre sistemas de armas sino una confrontación de estrategias.**

unido a su gran precisión (que comparte con los misiles crucero), aparece a los soviéticos como un arma dirigida contra objetivos puntuales, capaz de nulificar la posibilidad de lanzar los propios misiles en condiciones de inmediata anticipación de un ataque (*launch under warning*) o durante éste (*launch under attack*). Se trata, pues, de un arma —dicen— de primer golpe, aunque ello lo nieguen los norteamericanos.

En la interpretación del Kremlin los Estados Unidos pueden, con tales sistemas, aumentar su nivel de amenaza para la URSS en tanto que ésta, con los SS-20, sólo amenaza a los países europeos occidentales. Tal argumentación es inaceptable para éstos: admitirla equivaldría a poner en cuestión el principio de la indivisibilidad de la seguridad en que se basa la OTAN.

Como ha señalado muy recientemente Hollewoy, en la seguridad militar de Europa no gravita una confrontación entre sistema de armas sino una confrontación de estrategias. Cada parte cree que la otra trata de socavar la estrategia del adversario, disminuyendo así la seguridad de éste. La estrategia de la «respuesta flexible» fue diseñada cuando la OTAN disponía de superioridad numérica en los arsenales nucleares, estratégicos y tácticos. Hoy carece de ella y, por consiguiente, se plantea el problema de si ha de ser revisada fundamentalmente o si sólo requiere retoques no esenciales. La doctrina oficial de la Alianza, tras la cual late un debate muy intenso, es que dicha estrategia sigue siendo válida aunque deba ser mejorada en dos dimensiones: en la nuclear, con el despliegue de los nuevos 572 sistemas previstos, y en la convencional, con un reforzamiento de la capacidad de defen-

sa de tal carácter haciendo uso de las más modernas tecnologías. El fin de todos estos esfuerzos estriba en mantener la situación de disuasión mutua.



Quienes se oponen al despliegue argumentan tanto sobre medios como sobre fines. En lo primero se ha criticado la doble decisión de la OTAN con razones

**La doctrina oficial de la Alianza es que la estrategia de la «respuesta flexible» sigue siendo válida.**

que, en lo que alcanzo a entender, pueden ubicarse en tres categorías:

1) En la primera, y quizá más importante, se parte del supuesto de que la disuasión podría fracasar. En este caso el Kremlin tendría interés en neutralizar inmediatamente los nuevos sistemas, en tanto que los norteamericanos tratarían de salvarlos de la destrucción lanzándolos antes de que los rusos los aniquilasen. En consecuencia, son armas que desestabilizan, aún más, las crisis (esta característica, sin embargo, es compartida por otros sistemas).

Dicho peligro se acentúa, además, si los Pershing II se estacionan en los lugares previstos —los mismos que los Pershing I— y que, por consiguiente, son conocidos ya de los rusos.

Tales razonamientos no son aceptados por los que favorecen el despliegue. Estos indican que para neutralizar todos los nuevos sistemas el Kremlin tendría que utilizar otros tantos, lo que equivaldría a un ataque en toda regla contra la OTAN, que no tendría otra opción que la escalada nuclear. Un primer golpe soviético contra los nuevos sistemas no parece compatible, además, con los fines atribuidos a la URSS que estribarían, según se ha dicho, en romper la cohesión de la Alianza, debilitar a los Estados Unidos y proyectar sobre Europa Occidental influencia política.

2) En una segunda categoría figuran aquellos argumentos que vinculan la modernización del arsenal nuclear a los intentos norteamericanos de diseñar estrategias que permitan sostener «guerras nucleares limitadas». En tal perspectiva, serían sistemas de disuasión regionales

suficientemente dotados los que sustituirían progresivamente el sistema global con el fin de evitar la necesidad de dar una respuesta masiva y de mantener los con-

flictos al nivel de riesgo más reducido posible. Ciertamente, varias teorizaciones de expertos próximos a la Administración Reagan han apuntado hacia tal posibilidad, que ha preocupado considerablemente en Europa.

3) Una tercera categoría liga el desarrollo y despliegue de los SS-20 soviéticos a los esfuerzos previos de modernizaciones de los arsenales nucleares occidentales. Se afirma que los sistemas anteriores —SS-4 y SS-5— estaban anticuados: no son móviles, tienen cabezas de un megatón (inadecuadas para blancos puntuales) y resultan carentes, en consecuencia, de credibilidad ya que su uso generaría reacciones masivas.

La argumentación sobre fines —recientemente reactivada por las declaraciones de los obispos católicos alemanes y norteamericanos— cuestiona la esencia misma de la disuasión nuclear y del equilibrio del terror.

Ambos contienen, desde luego, una promesa de exterminio. Se evita que el adversario utilice sus armas con la amenaza de dar muerte a millones de sus ciudadanos y haciendo todo lo posible para convencerle de que tal amenaza está pensada en serio (el adversario, por su lado, hace lo mismo). De aquí que algunos obispos hayan afirmado que no sólo es inmoral el uso de armas de destrucción masiva sino también la intención de utilizarlas. Y la condena se ha hecho, en ocasiones, particularmente intensa cuando la amenaza de empleo se dirige contra ciudades (blancos «blandos»), es decir, contra el «segundo golpe», esencia misma de la disuasión.

La validez de la «respuesta flexible» pretende mantenerse no sólo con el des-



pliegue de nuevos sistemas nucleares intermedios sino con la intensificación del aparato disuasor convencional, cuarto parámetro de los que inciden sobre la seguridad militar europea.

No es la doctrina, en efecto, la que puede hacer inevitable una política de escalada hacia niveles superiores de destrucción. Es la situación misma de comparación relativa de fuerzas regionales. Y como tales comparaciones no pueden hacerse con independencia de las situaciones globales, de las percepciones de amenaza y de las respuestas organizativas y técnicas de largo período de maduración, la controversia tiende a ser tediosa y prolija. Aquí nos referiremos, simplemente, a la situación en Europa.

#### *La adecuación del dispositivo de fuerza de la Alianza*

Como ya se ha indicado en páginas anteriores, el desequilibrio de fuerzas convencionales en Europa se remonta a los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Dicho desequilibrio subsiste en la actualidad y en algunos aspectos bastante preocupantes se ha acentuado.

Según las estimaciones más recientes del *International Institute for Strategic Studies* (IISE) la relación entre el total de fuerzas armadas de la Alianza en Europa (incluidas las norteamericanas) y el Pacto de Varsovia es de 1:1,67. En el Ejército de Tierra la relación se reduce a 1:1,36. En términos de equipo las ratios empeoran. Así, por ejemplo, para carros de combate la relación es de 1:1,87; para piezas de artillería lanzadoras múltiples de 1:1,11; para misiles de superficie a superficie de 1:2,39; para cañones anticarro de 1:1,99; para misiles de superficie a aire de 1:2,13. Sólo en piezas antiaéreas y en armas dirigidas contra carros tiene, en Europa, la Alianza una

clara superioridad (1,42:1 y 2,78:1, respectivamente). En Aviación las ratios son extremadamente desfavorables: para bombarderos de 1:4,83; para cazas de 1:16,7; para interceptores de 1:7,14; para aparatos de reconocimiento de 1:1,63 y para helicópteros artillados, que los soviéticos consideran más bien como armas de Artillería, de 1:1,63.

Naturalmente, cuando se tienen en cuenta las fuerzas norteamericanas, cuyo grueso no radica en Europa, la imagen cambia, pero no siempre de forma favorable a los occidentales. En *The Military Balance 1982-1983*, pueden encontrarse los datos correspondientes. De lo que se trata aquí es de señalar el hecho, por lo demás obvio, de que si los Estados Unidos la inadecuación del aparato militar occidental resulta evidente. Aún tomando en consideración las fuerzas de aquel país los analistas del IISE concluyen afirmando que «el balance numérico ha ido moviéndose lenta pero constantemente en favor del Este» a la vez que «Occidente ha perdido en amplia medida el avance tecnológico que permitía a la OTAN creer que la calidad podía ser un sustituto de la cantidad».

Ciertamente de aquí no cabe concluir que la situación sea irreversible, pero sí ha alarmado lo suficiente a los aliados occidentales como para que se sugieran múltiples remedios. En los momentos actuales la agresión militar en Europa sigue siendo un asunto complicado: detallados estudios como los de Mearsheimer, referidos a lo que tradicionalmente se considera como la zona de más peligro, el frente central, han puesto de relieve que el Pacto de Varsovia no goza de la suficiente superioridad numérica como para, *a priori*, poder cantar victoria en el supues-

to de una apertura de hostilidades. Otros analistas, como el general Krause, han cuestionado también el desequilibrio, manifestando que éste es mucho menor de

---

**Sin los Estados Unidos  
la inadecuación  
del aparato militar  
occidental resulta  
evidente.**

---



lo que suele creerse y que el nivel de fuerzas convencionales del Este no basta para garantizar que puede tener éxito en una agresión.

Para el analista que se previene contra el peor caso posible (lo cual suele formar parte de la lógica de la planificación militar), la vinculación entre armas convencionales y nucleares tiene que ser bastante estrecha. Si unas hostilidades convencionales fueran mal (y si no fallan las estimaciones acerca de la estrategia soviética con el hincapié que se le imputa en la necesidad de neutralizar rápidamente los arsenales nucleares tácticos que podrían entorpecer un avance) no cabe descartar la posibilidad de rápida escalada. En la doctrina de la OTAN dicha escalada apunta hacia un primer empleo de sistemas nucleares aunque el Pacto de Varsovia (inverosimilmente) no haya lanzado ac-

ciones que, por lo menos, bordeen lo nuclear (siquiera sea para neutralizar a los occidentales). Por consiguiente, *dicho primer empleo por parte de la Alianza*

---

**La contraposición no puede establecerse entre guerra nuclear y guerra convencional, sino entre guerra y no guerra.**

---

*(es decir, de los Estados Unidos, que en gran medida controlan el disparadero atómico) es, en realidad, un último recurso.* Nadie puede demostrar empíricamente cuándo y cómo se atravesaría la línea de distinción entre lo convencional (no nuclear, pero de elevada capacidad destructora) y lo nuclear. La línea, en sus efectos mortíferos, puede desdibujarse un tanto, ya que en su letalidad las armas tácticas atómicas igualan o quedan por debajo de las más modernas convencionales. Sin embargo, en términos conceptuales existe lo que suele caracterizarse como *firebreak*. ¿Merece la pena mantenerlo o diluirlo? He ahí la cuestión que hoy planea sobre la seguridad militar europea.

### *Retos para el futuro*

Es fácil argumentar contra la insensata carrera de armamentos. Quien estas

líneas escribe lo ha hecho en numerosas ocasiones. Pero la inevitable indignación moral no es sustituto del análisis ni de la valoración de una situación cuyo control no sólo se escapa al ciudadano medio sino a muchos gobiernos.

En la primavera de 1982 Kennan, McNamara y otros dos distinguidos expertos norteamericanos, plantearon en un resonante artículo la conveniencia de modificar la política de primer uso de armas nucleares que todavía hoy sigue siendo la piedra de toque de la voluntad de escalada de la OTAN. Sugerían que se estudiara la forma y manera de pasar a una nueva estrategia en la cual tales armas sólo se utilizasen en el supuesto de que un agresor las empleara previamente.

Al tiempo los cuatro autores abogaban por un aumento del dispositivo conven-

cional, tanto en presencia como de reserva, y reconocían que «nadie», en ninguno de los dos bandos, puede garantizar por encima de toda duda que si se inicia-

ran hostilidades convencionales en gran escala no se utilizarían armas nucleares».

Es cierto que el Kremlin, quizá por obvias razones propagandísticas y de imagen que no cabe descartar en la polvareda que despertó el mencionado artículo, hizo una declaración en Naciones Unidas renunciando a un primer uso de tales armas. Sin embargo, ya los autores habían advertido que cabía plantear tal garantía «en relación con la Unión Soviética y hemos de reconocer que los líderes soviéticos también podrían plantearla con respecto a nosotros. *En tanto en cuanto existan armas nucleares, subsistirá la posibilidad de su empleo*».

En Europa Occidental la sugerencia de Kennan y sus compañeros despertó una gran controversia no excesivamente favorable a los mismos entre los medios gubernamentales. La razón es clara: *si se*



*disocian las armas nucleares de las convencionales, la posibilidad de empleo de estas últimas aumenta.* Para muchos europeos, dicha propuesta tendía a «hacer

**La dialéctica Este-Oeste se ha desplazado peligrosamente hacia una militarización de sus planteamientos y formas de manifestación.**

normal» un mundo que no lo es, en la medida es que es nuclear. Y, en Europa, una guerra convencional y limitada —si es que se mantuviera en estas dimensiones— podría causar tanta devastación como otra en la que se utilizasen ciertos arsenales nucleares. Para muchos la noción del *firebreak* es engañosa. La contraposición no puede establecerse entre guerra nuclear y guerra convencional sino entre guerra y no guerra, *tout court*.

Por lo demás una renuncia a la doctrina que ha guiado a la OTAN desde su creación requiere desmontar toda una serie de mecanismos que se han considerado tradicionalmente básicos en la defensa europea. Y, como ha indicado Hollewoy, exige modificar las condiciones que dieron origen a dicha doctrina. Si existe un desequilibrio en el nivel de fuerzas convencionales, éste debería corregirse. Por lo demás, la tecnología, la evolución demográfica del futuro, los temores nucleares y la «calidad de la amenaza» propician una modificación de la estrategia a seguir en los años venideros. Ello implica ampliar el gasto de defensa occidental y prestar mayor atención que hasta el momento a la modernización de dichas fuerzas. ¿Es esto políticamente factible, en situación de crisis económica, en unas sociedades acostumbradas a no pensar en términos de seguridad militar y cuyos publicistas e intelectuales más en boga son escépticos ante los requerimientos de la misma? Empíricamente se han destacado en el pasado que, por lo general, los gastos de inversión han de aumentar por término medio en un 6 por cien en términos reales para que el grado de equipamiento se mantenga al mismo nivel de eficacia. Al tiempo, sin embargo, los dos campos están armados hasta los dientes, por encima de

cualquier definición razonable de capacidad disuasoria.

Se necesita en todo caso, un nuevo planteamiento. El general Krause lo ha

visto bien: «En tanto que los militares intenten, con independencia de los esfuerzos políticos, oponer a la capacidad militar del posible agresor la propia, es decir, en la medida en que las relaciones Este-Oeste se reduzcan a la competencia de índole militar, la política de seguridad (y en particular la alemana) deberá intentar por todos los medios liberarlas de tal acortamiento y colocarlas sobre una base más amplia».

En una palabra: *la dialéctica Este-Oeste se ha desplazado peligrosamente hacia una militarización de sus planteamientos y formas de manifestación.* Cada vez se producen más armamentos, aunque ninguno de los dos campos está en condiciones de «ganar» a través de su despliegue y eventual utilización. Pero ello excita nuestros temores y genera ansiedad, neurosis, sentimientos de encierro. Recordemos simplemente lo que ha ocurrido con la bomba de neutrones, con la producción de nuevas armas químicas, con la cuestión del debatido bombardero B-1. Aquí los Estados Unidos han propinado un nuevo giro a la espiral que conducirá, previsiblemente, a una nueva respuesta soviética, inspirada por su propio *establishment* militar.

Es evidente que de la seguridad militar no cabe excluir los factores de tal carácter. Pero entiendo que no cabe permitir que éstos hegemonicen el pensamiento político, la acción diplomática y los contactos intersistémicos.

En este replanteamiento hay dos retos permanentes: *disuasión* (en las nuevas condiciones de paridad estratégica y presumible superioridad regional soviéticas) y *desarme*. Ambas apuntan hacia un camino árduo y difícil (hay que contar con



el Este) y considerar hoy que la seguridad en la era nuclear es indivisible. Se es seguro, en definitiva, no *contra* alguien sino *con* alguien.

Aunque no es propósito de este trabajo re-conceptualizar la disuasión, podría objetarse, tal vez, que es ésta una perspectiva demasiado alicorta, racionalista, quizá escasamente pacifista. Pero en verdad las perspectivas no son halagüeñas: el avance tecnológico y el desarrollo de temibles armas de extrema sofisticación no han parado. Todo lo que es tecnológicamente pensable se piensa y con harta frecuencia se intenta traducir a los hechos, es decir, a los arsenales.

*La angustia moral no sirve para contener tal evolución.* La opinión pública, incluso en las democracias occidentales, es manipulada al amparo de los imperativos de la seguridad. Un anticomunismo irreflexivo hace, en muchos países e instituciones, el resto.

Como hombre de Universidad, pero también de partido, entiendo que la indignación moral debe ser disciplinada por el análisis. Si éste nos permitiera llegar a la conclusión de que los problemas de la seguridad militar europeos no pueden ser resueltos sólo por medios militares, ni que deben dejarse a las «soluciones» burocráticas que emanen de las fuerzas armadas, se habría dado un paso hacia

adelante en contra de la lamentable evolución de los últimos años.

Si el movimiento en favor de la paz, que tanto ha progresado en los últimos años en los países occidentales, consiguiera —al menos— que la política de seguridad no continuara concibiéndose como mera función de la evolución técnica de los nuevos sistemas de armas y la recondujera al campo estrictamente político, mucho se habría ganado. Hasta ahora, las perspectivas —insisto— no son halagüeñas, aunque afortunadamente no faltan indicios esperanzadores.

Un militar, el general Krause, socialista ciertamente, ha hablado en este contexto de la necesidad de recuperar la primacía de la política sobre los Estados Mayores: la capacidad militar y la intencionalidad política «del otro» deben analizarse conjuntamente. El camino alternativo, sustituir la valoración política y diplomática por una mera acción de fortalecimiento militar, a manera de *ersatz* en que han incurrido numerosos sectores del *establishment* político, europeo y norteamericano, no es verosímil que, en el corto y medio plazo, nos saque del atolladero.

---

Las opiniones aquí expresadas son estrictamente personales y no pueden atribuirse a las instituciones con las que el autor está conectado.

### Bibliografía

Albrecht, Ulrich: *Kündigt den Nachrüstungsbeschluss!* Fischer. Frankfurt. 1982.

Bundy, Mc George; Kennan, George F.; McNamara, Robert S., y Smith, Gerard: «Nuclear Weapons and the Atlantic Alliance». *Foreign Affairs*. Primavera de 1982.

Burt, Richard: «NATO and Nuclear Deterrence», en Olive, Marsha McGraw y Porro, Jeffrey D. (eds.), *Nuclear Weapons in Europe. Modernization and Limitation*. Lexington Books. Lexington. 1983.

Carver, Michael (mariscal): *A Policy for Peace*. Faber & Faber. Londres. 1982.

Cox, Arthur Macy: *Russian Roulette. The Superpower Game*. Times Books. Nueva York. 1982.

Ericson, John: «The Soviet View of Deterrence: A General Survey». *Survival*. Noviembre-diciembre de 1982.

European Security Study: *Strengthening Conventional Deterrence in Europe. Proposals for the 1980s*. St. Martin's Press. Nueva York. 1983.

Freedman, Lawrence: *The Evolution of Nuclear Strategy*. St. Martin's Press. Nueva York. 1981.

Garthoff, Raymond L.: «Mutual Deterrence and Strategic Arms Limitation in Soviet Policy». *International Security*. Verano de 1978.

Gray, Colin S.: «Nuclear Strategy: A Case for a Theory of Victory». *International Security*. Verano de 1979.



Gray, Colin y Payne, Keith: «Victory is Possible». *Foreign Policy*. Verano de 1980.

Hollewoy, David: «Nuclear Weapons in Europe». *Bulletin of the Atomic Scientists*. Abril de 1983.

Horward, Michael: «Surviving a Protest: A Reply to E. P. Thompson's Polemic». *Encounter*. Noviembre de 1980.

International Institute for Strategic Studies: *The Military Balance 1982-1983*. Londres. 1982.

Joffe, Josef: «Allies, Angst and Arms Control: New Troubles for an Old Partnership», en Olive y Porro.

Kennan, George F.: *The Nuclear Delusion. Soviet-American Relations in the Atomic Age*. Pantheon Books. Nueva York. 1982.

Krause, Christian: *Vom militärischen Kräftevergleich zur sicherheitspolitischen Lagebeurteilung*. Forschungsinstitut. Fundación Friedrich-Ebert. Bonn. 1981.

Krell, Gert y Schmidt, Hans-Joachim: *Der Rüstungswettlauf in Europa. Mittelstreckensysteme, konventionelle Waffen, Rüstungskontrolle*. Campus Verlag. Frankfurt. 1982.

Luttwak, Edward N.: *The Grand Strategy of the Soviet Union*. Weidenfeld & Nicolson. Londres. 1983.

Lutz, Dieter S.: *Weltkrieg wider Willen? Die Nuklearwaffen in und für Europa*. Rowohlt. Hamburg. 1981.

Mearsheimer, John J.: «Why the Soviets Can't Win Quizzkly in Western Europe». *International Security*. Verano de 1982.

Millar, T. B.: *The East-West Strategic Balance*. George Allen & Unwin. Londres. 1981.

Scheer, Robert: *With Enough Shovels: Reagan, Bush & Nuclear War*. Randon House. Nueva York. 1982.

Suvorov, Viktor: *Inside the Soviet Army*. MacMillan. Nueva York. 1982.

Zuckerman, Solly: *Nuclear Illusion and Reality*. The Viking Press. Nueva York. 1982.